

Índice



| | |
|--|-----|
| Prefacio. En complot con los robots | 7 |
| I. Etapas de una vida musical | 11 |
| 1. Serenidad suprema..... | 13 |
| 2. Khachaturian con fiebre..... | 21 |
| 3. Del <i>Beatnik</i> al <i>Mod</i> | 29 |
| 4. ¿Kraftwerk en Marte? | 37 |
| 5. La invitación de Ralf y Florian..... | 39 |
| 6. Kraftwerk con percusión nueva..... | 47 |
| 7. Novedad en el canal de la cultura..... | 55 |
| 8. Röder | 59 |
| 9. El cuarteto eléctrico | 61 |
| 10. América interminable | 63 |
| 11. El <i>krautrock</i> en lo más alto | 73 |
| 12. Altavoces desgastados y técnicos “colocados” | 79 |
| 13. Música electrónica | 81 |
| 14. Libre como un pelícano | 85 |
| 15. ¿Yo un terrorista buscado?..... | 91 |
| 16. Percusión por medio de gestos | 95 |
| 17. El Mercedes 600..... | 97 |
| 18. Una primicia en Liverpool..... | 103 |
| 19. Los hombres máquina - ¿Máquinas sexuales? | 109 |
| 20. El secuenciador crea desempleo..... | 113 |
| 21. <i>Ja two sluga - Ja twoj rabotnik</i> | 121 |
| 22. Soy tu criado - Soy tu robot..... | 125 |
| 23. Bailando en el Lido..... | 131 |



| | | |
|--|---|-----|
| 24. | La calculadora nos mueve | 135 |
| 25. | Descansando... ¡en el escenario! | 139 |
| 26. | La gira <i>Computer World</i> | 147 |
| 27. | Zapatos italianos..... | 151 |
| 28. | Casi volamos | 157 |
| 29. | En Budapest | 159 |
| 30. | En Polonia..... | 163 |
| 31. | El país de la risa | 167 |
| 32. | Florian plantea un dilema | 171 |
| 33. | Huida de Bombay | 175 |
| 34. | Estilo de vida electrónico | 183 |
| 35. | Pedaleando sobre una bicicleta..... | 187 |
| 36. | Café frío | 191 |
| 37. | Todo son ordenadores..... | 193 |
| 38. | <i>Boing, Boom, Tschak</i> pixelado | 197 |
| 39. | Vacío cultural | 199 |
| 40. | Última llamada de teléfono..... | 207 |
| 41. | <i>Time Pie</i> para el mundo..... | 213 |
| 42. | Cuando el sueño se desvanece..... | 217 |
| II. Se avecina una tormenta | | 219 |
| 43. | Tengo un poco de sueño | 221 |
| 44. | ¡Somos los robots, madre! | 225 |
| 45. | Recargando nuestras baterías | 231 |
| 46. | Despertándome | 235 |
| 47. | Un encuentro inesperado..... | 243 |
| 48. | Cómo el tiempo lo cambia todo | 247 |
| 49. | ¿Todo demasiado humano?..... | 251 |
| 50. | Prohibición del libro en Alemania..... | 253 |
| 51. | ¡El número cuatro vive!..... | 265 |
| III. La cuna del sonido Kraftwerk..... | | 275 |
| 52. | El viento me cantó una canción | 277 |
| 53. | Dulce encuentro | 287 |
| 54. | El alma de la máquina | 291 |
| 55. | Discografía | 297 |
| 56. | Últimas noticias..... | 299 |

Prefacio



En complot con los robots

Al principio estaba entusiasmado con el título provisional de mi libro: *En complot con los robots*, pero luego, cuanto más recordaba y más escribía, se me ocurrió que, en comparación con otros grupos de música pop, nosotros no encajábamos para nada en el patrón de un grupo de colegas. Aquello solo fue un ideal muy disimulado a la vez que deseado. Nuestro cuarteto electrónico era demasiado variado en cuanto a personalidades y orígenes familiares. Aunque nuestros padres fueron ingenieros, arquitectos y ópticos, cada uno había tenido una posición social distinta.

Desde el principio, Ralf Hütter y Florian Schneider-Esleben se habían llevado mejor. Ambos provenían de familias acomodadas a las que nunca les había faltado el dinero, y menos todavía cultura o educación. Tenían unos modales exquisitos y habían viajado mucho durante su infancia. Sin embargo, Karl Bartos y yo veníamos de la denominada clase media. Por supuesto que nos habían educado, sobre todo en lo referido a “inteligencia emocional”, aunque a veces supimos lo que era no tener dinero, que era como necesitar apoyo moral. Pero, por encima de eso, éramos jóvenes con talento y permanecimos juntos porque teníamos en común intereses cruciales, y porque respetábamos mucho cómo era cada uno. Instintivamente, cada uno de nosotros sentía que nuestra especial relación sería capaz de producir grandes cosas en el futuro.

Hace dos años estuve intentando recopilar algunas fotos inéditas de nuestras primeras apariciones para Tim Barr, escritor de la revista *Future Music*. Así que por primera vez en mucho tiempo, para refrescar mis recuerdos de los años más electrizantes de mi vida, abrí mi maleta de aluminio dorado. La compré en 1975 en Nueva York, en una tienda de la Quinta Avenida. En cuanto la abrí, me inundó el intenso aroma de aquellos tiempos pioneros. Me hizo sentir bien. Hojeé y leí montones de documentos y fotos, lo cual me hizo caer en un estado de trance analítico.



Sí, para mí hay un olor a Kraftwerk y se encuentra delicadamente almacenado en la categoría cultural de la “intelectualidad alemana”. Es el olor concentrado de la maleta que me acompañó en todas las habitaciones de hotel durante nuestros años de giras y viajes. Huele a todo tipo de habitación de hotel, a aviones y a queroseno. Huele a un mundo intercultural, a experiencias maravillosas y a prejuicios aleccionadores que nos rechazaban como privilegiados técnicos de sonido de una moderna Düsseldorf. También es el olor a productos químicos de fotos de prensa, fotos personales, polémicos artículos de periódicos de todo el mundo y de películas —a menudo rotas— de mi vieja cámara de principiante de 8 mm Bell & Howell ya desgastada por el uso. Estas reliquias estaban también impregnadas por el olor de las oxidadas baquetas metálicas que soldé a principios de los años setenta y con las que había tocado miles de veces para Kraftwerk.

En 1997, el periodista americano Dave Thompson escribió un artículo exhaustivo y bien documentado para la revista estadounidense *Goldmine* titulado “El corazón del alma teutónica”, centrándose en mi primer grupo y en mi proyecto musical Yamo. Estuvimos charlando animadamente por teléfono durante media noche mientras yo permanecía sentado en mi habitación de hotel en Nueva York. Dave me animó a escribir mi historia. Dijo que había una necesidad incuestionable de explicar por qué había dejado Kraftwerk; puesto que esa era la pregunta que más a menudo me había hecho todo periodista y todo fan en los años posteriores a mi salida del grupo. Al final, decidí hacer este libro. Para ello tendré que remontarme a una época anterior para que mi corazón romántico y mi “alma teutónica” puedan ser comprendidos mejor; a una época en la que el amor por la música y el placer del sonido estaban depiertos en mi interior.

Con Kraftwerk desarrollamos un nuevo tipo de música que, a comienzos de los años setenta, nos llevó por sorpresa a muchos rincones del mundo. Sin ninguna preparación, experimentamos las cosas más inimaginables y tuvimos experiencias vitales preciosas, atroces y valiosas. Viajar en avión alrededor del mundo y nuestros numerosos encuentros personales, agudizaron mi conciencia de la naturaleza, de la gente y de nosotros mismos. Comprendí que Düsseldorf no era el centro del universo, descubrí que era ciudadano del mundo y en cualquier sitio me sentía como en casa. Sin embargo, también disfrutaba de la sensación de volver a mi hogar, del encanto de nuestro punto de origen y de nuestro regreso al mismo. Por desgracia, tuve que aceptar que viajar no era una experiencia cómoda para todos nosotros y, después de diez años, me di cuenta de que era más crítico con mis colegas y conmigo mismo. Al principio comenzaron a afectarme leves dudas sobre sucesos con Kraftwerk y lo que en realidad aportábamos a la gente. Empecé a madurar y llegué un momento en que me di cuenta de que ya no me interesaba tocar la batería, ni inventar nada, ni tener éxito con las chicas.

Conforme vayas leyendo, te darás cuenta de que a menudo hablo más sobre mis experiencias en términos de nuestros conciertos y giras que sobre detalles de

nuestras actividades musicales diarias. De hecho, lo que me impresionó y ahora me inunda de recuerdos fueron los encuentros humanos, las maravillosas reuniones y los momentos especiales en un período estupendo de mi vida. Los ajustes de nuestros sintetizadores o los detalles técnicos de nuestras apariciones, así como lo referente a las grabaciones no han permanecido en mi memoria y no son nada importantes; aquello fue técnica y rutina. Toda profesión conlleva ambas cosas, así que, por favor, no esperes un libro sobre VCOs, LFOs, osciladores o análisis de filtros. Mi libro trata más bien sobre creatividad, atención, amabilidad y consideración. También trata sobre pérdidas, decepciones y traiciones.

Tuvimos la inmensa suerte de llegar con nuestra música y nuestra capacidad visionaria a la gente y de sentirnos queridos. He aprendido de muchas personas y he escrito nuevos relatos sobre sus historias que, a menudo, las hice mías para Yamo, mi proyecto actual. La vida educa y cuanto más abre alguien su conciencia a sus detalles y a los cambios que hay en ella, más es posible dibujarla después desde ese precioso tesoro escondido.

Supe durante mucho tiempo lo que se siente al estar en el escenario. También experimenté lo que significa que te aplaudan. Durante mi época de principiante estuve en muchos grupos y les tengo mucho cariño aunque no tuvieran mucho éxito. Todos fueron mis grupos, bandas de las que fui fundador. Sin embargo, con Kraftwerk se me abrió todo un mundo y eso fue lo que más me encantó de todos mis años en el grupo, aparte de mis descubrimientos y mi forma minimalista de tocar la batería. Los contactos personales en cada país, las infinitas conversaciones y los flirteos que a menudo surgían de los mismos, la visión cultural del mundo que fui capaz de crear por mí mismo sin recurrir a los libros... Todas estas cosas me brindaron experiencias maravillosas que, cuando llegó mi dolorosa separación del grupo, me ayudaron a encontrar un camino hacia mí mismo, hacia el amor y hacia el sonido de mi nueva música. Mi época con Kraftwerk fue una de las más locas y maravillosas de toda mi vida. Siempre intentamos ofrecer a nuestros fans algo especial. Hoy en día, la modernidad y la independencia son, en particular, las estrellas que me guían. Como dijo Brian Wilson: “No olvidéis que nuestra música siempre se hizo por amor hacia vosotros.”

Wolfgang Flür, Junio de 2000

1

Serenidad suprema Nada es por casualidad

Düsseldorf, 1 de enero de 1999

¡Qué número tan mágico representa para nosotros este Año Nuevo! Para mí es mucho más emocionante que el próximo: ese con tantos roscos al final que tanto asusta a la gente. En Nochevieja, me abrigué y salí pensativo a dar un largo paseo por el Rin hacia el norte de Düsseldorf para captar la sensación de la nueva era que se avecinaba. En la noche de Año Nuevo, estaba acostado tranquilamente en mi cálida cama cuando, de repente, comencé a pensar en el sentido de la vida, de mi vida. No era la primera vez que lo hacía, pero rara vez la había visto con tanta claridad. Estuve pensando en el trabajo de mi nuevo disco con Yamo, que está dedicado únicamente al tema de las grandes alegrías. También recordé años pasados después de mi voluntaria salida de Kraftwerk, algunos de los cuales no fueron fáciles de sobrellevar. ¿Me resultaba incómodo enfrentarme a ello? ¿Solo me había ocupado de mi vida en términos generales? ¿Me estaría escondiendo de mí mismo de una u otra forma? ¿O me divertiría resolver esto? ¿Qué me hace feliz? Demasiada búsqueda de la felicidad en una asociación vinculante une muy fuertemente a otra persona porque la vida les aterra tanto que siempre tienen necesidad de que alguien les sujete cuando la están viviendo.

Kraftwerk también fue para mí una asociación vinculante en la que me sentí apoyado y en la que invertí mucho de mí mismo. Pero hubiera perdido la visión de mi persona casi sin darme cuenta si ellos no me lo hubieran puesto difícil al irme y encontrar así mi propio equilibrio para el futuro, sin tener a la banda como apoyo. No puedo describir la sensación de alivio que hoy en día esto significa para mí. Ahora trabajo con artistas jóvenes independientes y he estado viviendo solo durante mucho tiempo, disfrutando de la libertad y permitiéndome disfrutar de cierta sensibilidad hacia la vida.

Como en el famoso caso de otro hombre, cuya sensibilidad hacia la vida tendía a ser falsa y fue solo tras una experiencia cercana a la muerte cuando pudo despertar

tales sentimientos. Puede que el lector recuerde la espantosa tragedia de un vuelo de la compañía Air Swiss en 1998: mientras el avión volaba de noche de Nueva York a París sobre el Atlántico Norte, cerca de Halifax, Canadá, se produjo un incendio de origen eléctrico y la cabina empezó a llenarse de humo. Los pilotos no podían ver nada y perdieron el control de la aeronave llena de pasajeros. El aparato cayó sobre el mar a gran velocidad desde mucha altura. Las doscientas veintiséis personas a bordo murieron en el acto y sus miembros amputados flotaban en el agua. Sin embargo, un hombre no había muerto y permanecía tumbado cómodamente en su hotel de Nueva York viendo las primeras noticias que le informaban en qué lugar estaría si hubiera volado en ese avión. El as suizo del tenis en cuestión dijo a un reportero de televisión que ya había perdido la competición y que en realidad quiso coger el siguiente vuelo de vuelta a casa, pero que su mánager le había convencido para que fuera de compras con él. Ellos no querían reservar ningún vuelo de regreso hasta poco antes de marcharse.

Cuando se dio cuenta de cómo había escapado por los pelos de morir, su noción de la vida cambió en segundos. Dijo haberse dado cuenta rápidamente de que seguía vivo y reconoció los sentimientos que le faltaban. Él estaba constantemente viajando por el mundo, siempre a la caza de la victoria en las pistas de tenis, siempre queriendo ser el mejor, el primero y el más rápido. Aquello era lo que le había hecho sentirse vivo, lo que él había creído y lo que había necesitado. Pensaba que eso le hacía feliz. Eso y un montón de dinero que ganaba y siempre despilfarraba codiciosamente para conseguir los estímulos más ordinarios.

Aquella mañana, comprendió de repente lo que significaba estar vivo. Comenzó a desear las cosas más sencillas y fue feliz al saber que podría hacer de nuevo algo “normal”. Se imaginó sentado en el avión y cómo el piloto anunciaba por los altavoces la terrible noticia del inminente desastre. Y se dio cuenta de cómo hubiera deseado entonces cruzar la calle una vez más y oír los sonidos de todos los días. Tan solo oler la hierba recién cortada o ver un cielo azul de verano con nubes blancas como de algodón, beber otra taza de café recién hecho, estrechar a su amada entre sus brazos y oler el perfume de su pelo, oír los sonidos familiares de su casa que, por otra parte, no significaban nada para él y, mucho menos, la risa de un niño (la de su hijo valdría millones).

Impresionado explicó que había decidido cambiar toda su vida desde ese día en adelante y que lo de “querer ganar siempre”, se había vuelto insignificante para él. Planeó llevar una vida más modesta en el futuro, concentrándose en lo que era realmente importante y disfrutar de los encantos de la naturaleza. También se había preguntado a sí mismo cuántas veces aún la luna saldría para él. ¿Diez veces? ¿Quizás cien? Ahora quería disfrutar de su tiempo y abordar de distinta forma la nueva oportunidad que le había sido concedida.

Verdaderamente este hombre tuvo mucha suerte por volver a empezar otra vez desde el principio. Me gustaría que todo el que haya perdido la conciencia de su

vida la recuperara, por supuesto, sin tan drástico percance. Pero al parecer, algunos necesitan uno antes de que sus apagados sentidos vuelvan a sentir de nuevo.

Sin embargo, yo soy uno de esos que aman los extremos de la luz y los colores brillantes, aunque los tonos pastel y el crepúsculo que deja el día y que anuncian la noche siempre me han estimulado e inspirado. Lo más importante para mí es el placer diario de la percepción. La sensación de estar alerta, la deliciosa apreciación que se propaga dentro de mí una y otra vez; solo por eso vale la pena vivir. Solamente le puede seguir el placer de la vida. Lo siento en las sensaciones de mis manos, me dejo llevar por el viento, percibo las estaciones antes de que lleguen, escucho el día y me preparo. ¡Qué conmovedor es un encuentro afectuoso! Te produce más alegría que cualquier otra cosa. Y que esta alegría se renueve cada día, que sea siempre distinta, y por tanto siempre nueva, es una suerte que apenas se entiende. El placer nunca es el mismo y no puedo entender a la gente que se queja de que sus vidas son aburridas. ¿No lo entienden? Todos los pasajeros del condenado avión de la Swiss Air hubieran deseado permanecer aquí un poco más de tiempo y seguro que no lo hubieran encontrado aburrido. Imagínese a alguien condenado a muerte que supiera durante mucho tiempo cuando le llegaría el fin. ¿Crees que se aburriría con lo que le quedara de vida?

“Hay millones de personas anhelando la eternidad que no saben qué hacer en una tarde lluviosa de domingo.”

Maurice CHEVALIER

¿Pero dónde está el sentido de todo esto si tuviera que dejar nuestro hermoso mundo demasiado pronto? ¿De qué va todo esto? Esa especie tan peculiar que es el ser humano, ha atacado este planeta como si fuera una catástrofe natural y me temo que esta peste no durará mucho aquí: se está comportando de manera tan irresponsable y depredadora... Esto quizás sea una corta actuación a la que nos han invitado antes de que algo completamente distinto ocupe este precioso globo azul que flota por el espacio. Visto con asombro desde cierta distancia, se permite a sí mismo morir aplastado por unas extrañas criaturas que se ponen nombre a sí mismos, que se reconocen entre ellos y que tienen características tan extrañas como el humor o el aburrimiento. Criaturas que tienen voces con las que pueden reír hasta hartarse. Animales que cantan, tocan instrumentos y disfrutan distorsionando sus sentidos con música (una de las cosas más incomprensibles del mundo), y que se divierten creando el más simple ruido para tontear o haciendo cualquier cosa completamente inútil.

Para mí es maravilloso estar aquí un tiempo, observar esta creación flexible y percibir todo lo que me rodea: un momento de luz y sonido en la oscuridad del espacio. Eso también me ha hecho sentir curiosidad por todo lo que existe: la belleza, la felicidad y el amor son cosas que nos mantienen vivos, necesitamos y debemos

dar. La percepción de la felicidad que yo doy y recibo hace que merezca la pena vivir. No estoy de parte de quienes consideran la vida como una carga y siguen buscando la felicidad en conseguir agobiantes posesiones. Yo no pienso así. El patético deseo de poseer algo es, en realidad, solo un aburrido estímulo. ¿Para qué se esfuerza la gente con tanta tensión y aun así están insatisfechos y malhumorados? Encuentro horripilante que solo unas pocas criaturas, que son mis compañeros de viaje, sean felices simplemente con el puro sentimiento de existir.

Cada día me regocijo en mi vitalidad y mis percepciones. La vida es mi lujo, la imaginación mi salud y ya estoy en el cielo estando en esta vida. Estamos aquí para disfrutar de la vida y respiramos constantemente la atmósfera que hay sobre nosotros y a la que con tanta ansia describimos como nuestro “cielo azul”. ¿Qué más esperamos? ¿Aferrarnos a vagas ideas de un paraíso que supuestamente nos liberará de las dificultades de abordar la vida? La codiciosa humanidad siempre quiere más que la vida, quiere llegar al paraíso, a su brillante supermercado de recompensas por una vida de penurias. ¡Qué gracia! Deberían tener cupones para conseguirlo. Verás como entonces serían capaces de sobrellevar su existencia más fácilmente. El breve y privilegiado período de percepción pasa rápidamente y muchos no se han dado cuenta de que la divinidad se basa en su propia creatividad. La gente tan solo tiene que descubrirse y amarse a sí mismos, y tomarse en serio unos a otros. Si pueden hacer eso, se llevarán bien con otras personas.

La última vez que volví del supermercado, cuatro niños pequeños de unos ocho años iban caminando delante de mí. Todos tenían la misma estatura y llevaban una cartera en la espalda. Un precioso niño turco iba caminando a poca distancia detrás de ellos. Estuvieron silbando juntos un rato y entonces, el primero (que llevaba unas gafas de intelectual con montura de níquel) se giró y le preguntó al niño que caminaba detrás: “¿Tienes dinero?”

Con expresión de temor y arqueando las cejas, el niño de pelo oscuro respondió servilmente: “Sí tengo.”

“Entonces puedes venir con nosotros”, dijo el primer niño con generosidad. El recién aceptado compañero examinó a sus dudosos amigos de reojo para ver si en realidad todos estaban de acuerdo. Ni siquiera lo miraron. Yo pensé que para el niño turco merecía la pena que le dejaran caminar con niños de su colegio. Él quería pertenecer al grupo, o al menos eso parecía. Me enfadé, me sentí triste e indignado por todo lo que acababa de ver y no pude evitar decirle al primer niño, que era el cabecilla: “¿He oído bien lo que le acabas de decir a tu amigo? ¿Tiene que darte dinero por ir contigo?”

“Ni siquiera es mi amigo”, se justificó el joven gamberro. Iba a hacer mi siguiente pregunta cuando el niño turco me interrumpió para defender al primer niño: “Le conozco del colegio, no es mi amigo pero tampoco me hace nada.”

Me quedé conmocionado por el hecho de que el sentimiento de pertenencia, de no ser un extraño, fuera tan importante para el chico. Probablemente hubiera

hecho cualquier cosa por ello. Yo insistí de nuevo: “¿Y si no hubiera tenido dinero? ¿Le habierais dejado entonces ir con vosotros?”

Esta vez habló el segundo niño: “No nos importa. Puede hacer lo que quiera.”

“Pero en realidad no le dejáis otra opción”, añadí. “Le habéis desplumado como ladrones y creo que eso está mal por vuestra parte.”

Los tres chavales se rieron y sacudieron la cabeza. No quisieron entenderlo y no vieron ninguna injusticia en su comportamiento.

¿Que por qué cuento esta anécdota? Porque es un buen ejemplo sobre acoso precoz y, en particular, sobre cómo hacer dinero y no estar contento. Los tres críos habían aprendido esto de verlo en sus padres o en alguien y lo aplicaron a su comportamiento. La moral y los modales están desapareciendo gradualmente de nuestra moderna sociedad del derroche. En estos días, prácticamente todo, incluso nuestros valores o el amor, se trata como basura. Por desgracia, observo casos similares con demasiada frecuencia y sé que, incluso en el caso de gente tan joven, están brotando las raíces de un posterior exceso y descontento.

Al volver a casa empecé mis tareas domésticas diarias y estuve mucho rato pensando en lo que había pasado y que me había entristecido. También estuve pensando en mi propia evolución. Siempre me han interesado las personas y les he apoyado siempre que he podido. Al mismo tiempo, he aprendido un montón de ellas. También me he apoyado a mí mismo. Al fin y al cabo también soy humano y me gusta hacer cosas así. Nunca me ha parecido pesado cuidar de mí mismo: me lavo la ropa, limpio mi piso, me arreglo y me gusta ir de compras, donde a menudo hago dichas observaciones. Creo que cocinar es una actividad relajante y creativa que recomendaría a esos que viven agobiados por un mundo de citas y horarios. Me sienta bien darme un capricho y a menudo cocino para mis amigos, que siempre disfrutan de lo que preparo.

Hace poco me visitaron Karl Bartos y Andy McCluskey, componente de OMD. La velada fue alegre y no solo porque tomamos varias botellas de vino italiano de Soave y tonteamos medio bebidos hasta que amaneció. Andy insistió en que volviera a hacer música. Él descubrió mi lado romántico y me dijo “Wolfgang, vas a ser el Julio Iglesias de la música electrónica, te lo aseguro”. Pero yo no estaba interesado en una carrera como cantante y por supuesto no quería ser comparado con el *crooner* latino. Por aquel entonces, Karl estaba trabajando con Andy en el nuevo disco de éste último y además estaba muy contento con su nueva banda: Electric Music. Aparte de eso, Karl también produce a otros artistas en su estudio.

De todas formas, para mí es bastante normal manifestar mi felicidad: me expreso y comunico a la vez por medio de la música. Eso intento al menos, porque de ella he conseguido mucho en mi vida.

Cuando mi madre aún vivía, una vez me contó que, jugando, le pregunté a mi hermano mellizo de cinco años: “Winfried, ¿de verdad estás contento de existir?” Mi madre me dijo que mi hermano pensó en esto un buen rato y respondió con

prudencia: “Sí, Wolfgang, en realidad estoy contento de existir.” Entonces mi madre dijo que yo estuve de acuerdo con él y le dije: “Pues yo también.” Incluso a una edad temprana era importante para mí saber que los que me rodeaban estaban a gusto y eran felices. Sin embargo, Winfried, dio un dudoso “en realidad” en su respuesta. Siempre fue más reservado y pensativo que yo.

Winfried ha dedicado su vida al bienestar de la gente. Hoy en día trabaja como médico en Bonn y es muy popular entre sus pacientes. Solo podemos agradecer a nuestros padres el hecho de habernos transmitido un montón de afortunados genes. Cuando yo muera, mi paraíso habrá terminado y entonces estaré triste porque no podré dar o experimentar felicidad. Debe ser terrible no sentir los colores, no percibir la luz, no atrapar aromas, no poder acariciar la piel de alguien ni disfrutar de voces o sonidos.

Düsseldorf, 14 de agosto de 1999

Eran sobre las cuatro de la tarde e iba camino de la estación por la calle Graf-Adolf hacia el casco antiguo de la ciudad. Llevaba bajo el brazo una pequeña pieza de plástico con la que reparar la tapadera de Perspex de las luces de neón con mi nombre “Wolfgang” que usábamos cuando actuábamos. De repente, un coche pequeño, negro y moderno cambió de sentido ilegalmente y paró a mi lado sobre la acera frenando bruscamente. La ventana del copiloto se bajó y la conductora, una mujer joven de largo cabello moreno y agradable sonrisa, se inclinó y dijo: “¿Podría decirme cómo puedo ir a la Academia Kunstak?”

Mientras intentaba explicar la más que complicada ruta a la preciosa chica, me di cuenta de que la dirección estaba muy cerca de mi destino. “Voy en la misma dirección. Si no te importa llévame contigo y te llevo hasta la misma puerta.”

La chica me miró rápidamente de arriba abajo y entonces puso las cosas que tenía en el asiento de al lado en la parte de atrás. La puerta se abrió y me senté junto a ella en el pequeño coche. Parecía totalmente nuevo y muy cuidado, al igual que la chica, a quien pude observar más de cerca. Vestía de forma elegante, aparentaba unos veinticinco o veintiséis años y ser del sur de Europa. Unos esbeltos brazos de piel morena asomaban por las mangas de su veraniego vestido de color negro y sus cuidadas manos agarraban con firmeza el volante.

Conforme arrancaba me miró inmediatamente con curiosidad dirigiendo miradas con sus preciosos ojos que se hallaban bajo unas animadas cejas morenas y me preguntó: “¿Qué es ese material transparente que llevas ahí? Se parece un poco a eso para hacer dibujos animados, ¿no?”

Yo me quedé estupefacto. “¿De dónde sacas esa idea?” pregunté.

“Estudio arte audiovisual”, respondió, “y a veces usamos algo parecido para hacer dibujos animados.”

“No”, repliqué. “Ahí te equivocas. Lo necesito para otra cosa.” Después de ir algunos minutos a toda velocidad por la penumbra del túnel del Rin, que a esa

hora de la tarde estaba lleno de tráfico, le tuve que indicar dos veces por dónde se entraba. Ella volvió a insistir: “Pero, entonces ¿eres artista?”

“No estás del todo equivocada”, afirmé. “Soy compositor y letrista.”

“Yo también hago música”, me respondió ella, “¿Quieres oírla? Aquí tengo una casete.”

En aquel momento me entró la curiosidad y le pedí a mi impertinente chófer que pusiera la cinta en el radiocasete. Empezó a sonar una pieza etérea al estilo de la *chanson* francesa, pero acompañada de música electrónica. Nunca antes había escuchado una combinación así y me pareció muy interesante. Me encantó su voz y le pregunté descaradamente si le gustaría cantar conmigo alguna vez.

“¿Qué tipo de música haces? ¿También es electrónica?” quiso saber ella. Entonces le expliqué lo de mi previa pertenencia a Kraftwerk y de lo que estaba haciendo en aquel momento con Yamo. Ella gritó sorprendida: “¡No es posible! ¿Tú, de Kraftwerk? Me gusta vuestra música desde que tenía diecisiete años.”

No puedo negar que su entusiasmo fue muy halagador y confirmé sus preguntas con orgullo. En cuanto salimos del túnel, la chica se acercó al arcén y paró. “Ahora en serio, ¿Sabes lo que he puesto ahí detrás cuando te has subido?”

“No. ¿Cómo lo voy a saber?” respondí sonriendo.

“Es un trabajo de la universidad.” Sus ojos negros brillaban, “El tema de mi ensayo es ‘Coincidencias que no existen’.” Me quedé sorprendido, al igual que ella.

“Piensas como yo”, expliqué a la sorprendida chica, “porque yo tampoco creo en las coincidencias, sino en una energía radiante o un sentido de misión.” Y así empezó un inagotable tema que duró durante todo el viaje.

No quedaba mucho para llegar a la Academia Kunstak y nos despedimos como amigos, no sin antes intercambiar direcciones y quedar para, en un futuro y sin tanta energía, grabar algunas voces para mi nuevo disco.

Este tipo de sucesos cotidianos me hacen totalmente feliz y demuestran que a menudo las personas sentimos una atracción mutua extremadamente especial solo si están preparados y son capaces de percibirla. La chica podía haber preguntado a cualquiera por la dirección, pero me preguntó a mí. ¿Coincidencia? No me hagaas reír, ¡el culmen de la felicidad!